

corruptidas. Raras veces produce la naturaleza esta clase de monstruos; pero la mala educacion hace muchísimos. — ¿Con que el haber muchos malos es por culpa de los padres y de las madres? — Generalmente sí; sin embargo puede un niño corromperse sin ser mal inclinado, y no obstante que se le haya dado una educacion muy buena... — ¿Pues cómo? — Si no es dócil, y si no tiene gran fondo de sinceridad, los padres mas vigilantes é instruidos no podrán preservarle de una infinidad de vicios, á los cuales se entregará insensiblemente. ¿Os acordáis de aquel pobre Brunet, lacayo que fué de mi marido? — Sí, señora, aquel que murió hace dos años. — La herida que tenia en una pierna no era peligrosa; el mejor cirujano de Paris le asistia; continuamente le servia una persona que no se apartaba ni un instante de él. Se advirtió que se quitaba los medicamentos que se le ponian sobre la llaga, lo que me obligó á ponerle otra persona que le zelase: nos vimos precisados finalmente á hacerle atar las manos; pero todas estas precauciones fueron vanas. Se estregaba las piernas una con otra, y con un pié se quitaba la venda y el emplasto saludable que podia curarle. Á esto se siguió la gangrena, y no bastaron para salvarle la habilidad y experiencia del cirujano, la vigilancia de los enfermeros, ni la bondad misma de su complexion; murió... Un niño indócil y desobediente es la imágen mas propia de aquel desdichado. ¿De qué sirven los cuidados de los padres, si el hijo no conoce el valor de ellos; si no comprende que solamente se le prohíbe lo que puede hacerle vicioso, y por consiguiente aborrecible é infeliz, y que no se le manda nada que no sea para asegurar su dicha? — Pero es preciso que un niño sea muy negado para no comprender eso. Si nosotros desobedecemos alguna vez, es por falta de memoria y de reflexion, y cuando lo echamos de ver lo sentimos mucho. — Eso no basta: es preciso que me lo confeséis; debéis darme parte de todo de la misma suerte que se va á consultar á un médico cuando se ha hecho algun exceso, cuyas resultas pueden ser dañosas á la salud. Bien creo que el temor de los medicamentos hace á veces dilatar la consulta; pero en esto mismo consiste precisamente la necedad de que César acaba de hablar. En efecto, solo un necio puede apetecer mas bien no curarse que hacer los remedios convenientes á su situacion, mayormente sabiendo de cierto que los remedios que se le aplicarán serán igualmente suaves y provechosos.

Quiero poner un ejemplo: siempre os he encargado á las dos, Carolina y Pulqueria, que os acostumbréis á tener método y economía. En el tiempo de la larga enfermedad de vuestra aya habéis tomado la maña de no guardar, ni poner en su lugar las cosas, y de perder vuestros pañuelos, guantes, etc. Lo he sabido al fin, pero ya muy tarde: este hábito ha degenerado en un vicio, del cual os corregiréis con harta dificultad. Si desde el principio me hubiéscis confesado estos descuidos, con solo la historia de *Eglantina* os hubieráis enmendado y hecho activas y cuidadosas.

Todos los circunstantes convinieron unánimemente en la verdad de estas reflexiones de la Marquesa, y los tres niños prometieron que en adelante no harian ninguna falta, por pequeña que fuese, de la cual no avisasen al punto á su madre con toda sinceridad. Prevengo á Vd. señora, dijo el abate á la Baronesa, que si tiene algun rasgo que referirnos no queda ya tiempo para hablar, porque son cerca de las nueve y média. — Lo que me queda que contar, respondió la Baronesa, no es muy largo. No me acuerdo ahora de otra cosa mas que de la batalla de Leucofóe, notable por una circunstancia, quizas única. En esta batalla se hallaron tres reyes, el uno de edad de doce años¹, el otro de diez², y el otro de nueve³, y mandaron en persona sus ejércitos⁴.

Yo tambien, dijo la Marquesa, voy á referir un caso sacado de la Historia de Francia. El desgraciado Carlos VI, á quien una cruel enfermedad privó del uso de la razon, hubiera sido, á no ser esta desgracia, un gran rey. Carlos V de Francia, su padre, tuvo un cuidado muy particular en formar su corazon. Tenia gusto en sondear sus primeras inclinaciones. « Un dia, habiéndole llamado á su « cuarto, le permitió escoger una alhaja entre las muchas que habia « en él. Despreciando el príncipe niño todas las joyas y riquezas « que veia, eligió como Aquiles una espada que estaba en un rin- « con del cuarto. En otra ocasion le presentó el rey una corona de « oro y una celada; el príncipe escogió la celada, diciendo: Padre « mio, guarde Vd. para siempre su corona. Estas frioleras, que

¹ Clotario.² Teodoberto.³ Teodorico.⁴ Teodoberto y Teodorico eran hermanos.

« anunciaban una índole noble y animosa, llenaban de gozo á aquel « sabio monarca, tan amante padre como virtuoso político. »

Hasta aquí, dijo el abate, no hemos citado sino niños distinguidos. Ahora voy á referir algunos cuantos que se pueden llamar prodigiosos... « *Chrisiliel le Berech de Exter* murió á los diez años « en el de 1706. Era hijo de un médico, sus obras póstumas se « han publicado en alemán, y son varios tratados ascéticos, en los « cuales se nota un estilo sencillo y mucho fondo de religión. »

Santiago Marini, veneciano, defendió en Roma á la edad de siete años en el de 1647 varias conclusiones públicas de Teología, Jurisprudencia, Medicina y otras ciencias.

El hijo de Mr. Baratier, llamado Juan Felipe, hablaba perfectamente latín á los cuatro años, y á los cinco sabia el griego. Despues aprendió el hebreo, y á los seis años sabia cuatro lenguas, la Historia y la Geografía.

Se puede poner en el número de los niños célebres *al Baron Helmsfeld*, sueco, que murió en 1674. Su juventud verificó las esperanzas que habia dado desde su mas tierna edad. Á los diez y siete años fué admitido en la Real Sociedad de Lóndres : á los veinte hablaba diez lenguas, era excelente matemático y gran jurisconsulto.

Cristiano Enrique Heineikeim, natural de Lubeck, empezó á hablar á los diez meses. Á los tres años tenia un conocimiento superficial, pero casi general de la Historia antigua y moderna y de la Geografía. Á los cinco años sabia ademas tres lenguas que hablaba con igual perfeccion.

Finalmente, *Adriano Baillet*, á quien debemos un excelente tratado de los niños famosos por sus conocimientos, cita otros muchos, y hubiera podido contarse él mismo entre ellos. Nació en 1705 en el lugar de Nouvilles cerca de Bellovaques. Su padre era labrador. El jóven Baillet aprendió á leer y á escribir en un convento de franciscanos, adonde iba á dar leccion; y aunque su padre no se lo mandaba, andaba todos los dias tres ó cuatro leguas por el deseo de instruirse. Á poco tiempo despues un eclesiástico instruido y benéfico se encargó de este niño tan digno de aprecio, y le hizo seguir los estudios. Baillet fué con el tiempo un sabio distinguido, y murió en 1749. No es el solo que ha recogido noticias acerca de los niños célebres por sus tareas literarias; otros muchos autores se

han ocupado en lo mismo, y nos han dado obras muy curiosas en esta clase¹.

Me parece, dijo la Marquesa á Mr. Fremont, que por agradar á nuestro auditorio dijo Vd. al principio que todos los niños de que iba á hablar eran prodigiosos. Es cierto que todos ellos son superiores á los nuestros; no obstante, no hallo mas que uno solo que sea verdaderamente un prodigio, y es el que hablaba á los diez meses. Todos los demas no me parece que son mas que unos niños muy aplicados. En efecto, respondió el abate, todo su mérito no consistia mas que en una aplicacion constante junta con una suma docilidad. He leído con mucha atencion todo lo que hay escrito acerca de ellos, y he visto que todos tenian un respeto sin límites y mucho afecto á sus maestros, y por consiguiente una obediencia ciega y una dulzura inalterable. — ¿Pero, replicó César, la memoria tan prodigiosa que tenian?... — Era fruto, no del entendimiento ni de los talentos, sino solamente de las prendas que acabo de decir. Siempre se acuerdan los niños de lo que oyen con atencion. La prueba de esto es que nunca se ha visto que un niño aplicado no tuviese una memoria muy singular. Ademas calcule Vd. si puede el tiempo que la impaciencia, el mal humor, las rabietas, las réplicas y razones fuera de tiempo hacen perder á un niño indócil y desobediente. Si se le reprende, en vez de poner mas atencion y de escuchar con sumision, gasta el tiempo en dar excusas inútiles, y entónces se ve el maestro precisado á hacerle callar. Si obedece, se enfada, murmura en su interior, ya no oye nada, está distraido, colérico; ya es esta una leccion perdida. — Pero no creo, Mr. Fremont, que Vd. me repunte por un niño *indócil y desobediente*. — No por cierto, y á no ser así, no estaria en su compañía. Vd. es

¹ Entre otros Toezió, Kleffeker, Wolff, Seelen, etc. Véase el Diccionario de las maravillas de la Naturaleza en la palabra *Niños precoces*. Se puede también colocar entre los niños famosos á Eduardo VI, rey de Inglaterra, hijo de Enrique VIII y de Juana de Seymour. Empezó á reinar á la edad de nueve años, y ya sabia entónces el griego, el latín, francés é italiano. María Stuart, reina de Escocia, pronunció públicamente en una sala del palacio del Louvre en presencia de Enrique II, de la reina Catalina de Médicis y de toda la corte, un discurso latino que ella habia compuesto, en que probaba (contra la preocupacion tan generalmente arraigada) que es conveniente y muy útil al Estado el que las mujeres tengan instruccion: sabia tambien hacer versos franceses muy buenos para aquel tiempo; reunia ademas en sí todas las habilidades y gracias: bailaba, cantaba perfectamente, y tocaba con suma destreza varios instrumentos.

La historia del famoso *Pico de Mirándula* es generalmente conocida, y asimismo es muy sabido que el célebre *Pascal* á doce años era mediano geómetra.

generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicacion, pero no posee todavía estas cualidades en un grado eminente : en dos palabras, no es lo que podia y debia ser. — ¡Ah! le aseguro á Vd. que nunca he tenido tanta emulacion como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres, y puesto que para serlo no es menester mas que ser dócil y tener buen corazon, voy á hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará Vd. contento de mis adelantamientos. Carolina y Pulqueria hicieron las mismas promesas á su madre, y todos se fueron á acostar muy contentos de una velada que habia producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champcery interrumpió las veladas; pero la noche misma del dia en que se fueron, la Baronesa contó la historia siguiente.

LOS ESCLAVOS

Ó PODER DE UN BENEFICIO



Snelgrave era un viajero inglés, capitán de un navío de su nacion, y recomendable por su humanidad y virtudes; hizo muchos viajes al África¹, empleándose en lo que llaman trato ó comercio de negros, tráfico abominable², y que á pesar de lo admitido que está, no es ménos vituperable puesto que ofende y ultraja á la naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho. Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana, se ven precisados á tener atados todo el tiempo de la navegacion á los infelices negros todas las noches y la mayor parte del dia, y á pesar de estas precauciones los esclavos hallan á veces ocasiones de juntarse, y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos.

¹ Por los años 1722.

² Este comercio está ahora prohibido.

Snelgrave compró muchos negros cerca del rio Callabar. Distinguió entre aquellos infelices á una mujer jóven, cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movido de las lágrimas que vertia, le hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supo que lloraba un hijo único que se le habia perdido el dia ántes. Lleváronla al navío con los demas esclavos. Aquel mismo dia el cacique ó rey de aquel territorio hizo decir á Snelgrave si gustaba ir á visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron á alguna distancia de las costas, en donde encontró al rey sobre un asiento elevado á la sombra de algunos árboles. Era numeroso el concurso : varios de los principales de la nacion le rodeaban, y su guardia, compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano, estaba á espaldas del rey á alguna distancia : los ingleses con los fusiles al hombro se colocaron enfrente del rey.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga, oyó unos gemidos tan lamentables que le hicieron estremecer; se volvió hácia la parte de donde venian, y vió á un negrito atado con una cadena á una estaca clavada en el suelo. Á sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles le dejaran. Viendo el rey la alteracion que aquel extraño espectáculo habia causado á Snelgrave, le dijo para sacarle del cuidado, que no tenia nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una víctima que iban á sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oír tales razones... Solo llevaba consigo doce hombres; la corte y guardia del príncipe africano se componia de mas de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podia temer atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban. ¡Oh amigos míos! exclamó volviéndose á los suyos. ¡Libremos á esta infeliz criatura! Diciendo esto se arroja hácia el negrito; animados los ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos embisten de tropel á los ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apun-